

A photograph of an ancient Egyptian temple interior, showing large columns with hieroglyphs and a bright light source in the background.

Nicola Lococo

Volumen II
Tumbas, templos y palacios

HISTORIA OCULTA DE LA MASONERÍA

LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO INTERIOR

masonica es



HISTORIA OCULTA DE LA MASONERÍA II

NICOLA LOCOCO

HISTORIA OCULTA DE LA MASONERÍA

LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO INTERIOR

SERIE ROJA
[AUTORES CONTEMPORÁNEOS]


masonica.es

NICOLA LOCOCO

HISTORIA OCULTA DE LA MASONERÍA

LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO INTERIOR

Volumen II
Tumbas, templos y palacios

masonica.es

EDICIONES DEL
ARTE REAL

Historia oculta de la masonería

VOLUMEN II

Tumbas, templos y palacios

Editorial masonica.es®

SERIE ROJA (Autores contemporáneos)

www.masonica.es

© 2014 Nicola Lococo

© 2014 EntreAcacias, S.L. (de la edición)

EntreAcacias, S.L.

Apdo. de Correos 32

33010 Oviedo - Asturias (España)

Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92

info@masonica.es

1ª edición: diciembre, 2014

ISBN (edición impresa): 978-84-943304-2-1

ISBN (edición digital): 978-84-943304-3-8

Depósito Legal: AS-03545-2014

Impreso por Ulzama

Impreso en España

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN | 15

ATLÁNTIDA | 23

CHAMANISMO | 41

Definición | 42

Origen | 43

Fuente de autoridad | 43

Funciones del chamán | 45

Religión y superstición | 53

Formas de chamanismo | 54

Elementos del chamanismo | 55

Ceremonias y ritos | 57

Técnicas y procedimientos | 58

Lenguaje simbólico-gestual | 66

MAGIA, CONOCIMIENTO Y RELIGIÓN | 67

Origen de la magia | 70

Los grabados | 71

El juramento y el secreto | 71

Formas de magia | 72

Función de la magia | 72

Fuente de autoridad | 73

Elementos de la magia | 73

Religión | 73

Origen de la religión | 74

Formas de Religión | 74

Función de la Religión | 75

Culto | 76

NEOLÍTICO | 77

Sociedad agrario-ganadera Preliteraria | 81

Sedentarismo y territorialidad | 82

Primeros conflictos | 84

Desarrollo y difusión de la cerámica | 85

La religión en las sociedades preliterarias | 87

Del Animismo al Politeísmo | 88

Organización del Espacio-Templo | 89

Organización del Tiempo-Calendario | 90

Trabajo y Fortuna. El granero | 91

Del chamán al sacerdote | 92

Traducción y actualización de las creencias | 94

De fuerzas naturales, a personajes sobrenaturales | 95

De los conjuros a las plegarias | 96

Del tabú al Mandamiento | 97

De la prontitud a la Tradición oral | 97

De la ofrenda al sacrificio | 98

Del matriarcado al patriarcado | 98

Sucesión al Trono | 100

Ingesta del dios | 102

Ritos de muerte y resurrección | 104

La transmisión del Mal; el chivo expiatorio | 106

EDAD DE LOS METALES | 109

Edad del Cobre | 109

Edad del Bronce | 111

Sociedad Agrario-ganadera Literaria | 111

Nacimiento de Estados e Imperios | 112

Equilibrio entre poder regio y sacerdotal | 113

Florecimiento del comercio | 113

Instauración de la guerra | 113

De la piedra al metal | 114

De la Tradición oral a la escritura | 115

Religión agraria literaria	117
Cosmogonía	118
Panteón	118
Mito	118
Funciones del mito	119
SUMERIA	123
Marco histórico	123
Religión	128
Cosmogonía	129
Panteón	130
Mitos	140
Himnos	155
Sacerdocio	157
Arte sumerio	158
Arquitectura sumeria	159
EGIPTO	169
Marco histórico	170
Religión	175
Cosmogonía	176
Panteón egipcio	182
Culto a los animales	206
Ritos y ceremonias	212
Mitos egipcios	214
Signos, símbolos y amuletos	248
Sacerdocio	252
Arquitectura	253
INICIO HISTÓRICO DE LA MASONERÍA	265
Imhotep: primer arquitecto de la masonería	266
Set Maat	270
Amenhotep Hijo de Hapu	281
EPÍLOGO	289
BIBLIOGRAFÍA	293

INTRODUCCIÓN

Si en el primer volumen recorrimos el entero Paleolítico para dar cuenta de la evolución humana tomando como hilo conductor su industria lítica, el dominio del fuego y la ingesta de carne, a fin de comprender la aparición de la Conciencia, la autopercepción del Yo, la organización social del grupo, el miedo a la muerte y la expresión artístico-simbólica de su cosmovisión, conjunto de creencias y tradiciones, propias de grupos cazadores-recolectores nómadas, ahora, en este segundo volumen, me propongo abordar el periodo comprendido entre el -10.000 y el -1.000 aproximadamente, lo cual, supone tomar algo de carrerilla desde el Mesolítico antes de adentrarnos en el Neolítico y en la Edad de los Metales, salvo la correspondiente al Hierro postergada a una siguiente entrega.

Comparado con el lapso temporal anterior, pudiera parecer algo descompensada la división del trabajo, por la amplitud de aquella y brevedad de esta, máxime, si tenemos en cuenta que el territorio al que en esta ocasión circunscribiremos nuestra atención se limitará a Egipto y Mesopotamia. Sin embargo, atendiendo a que, en tan corto tramo espacio-temporal acontece la apari-

ción de la agricultura y ganadería, la extensión de la cerámica, la metalurgia, la explosión demográfica, el desarrollo urbano con las primeras ciudades, la institución de la Guerra con los primeros ejércitos, las Religiones, la figura de Sacerdotes, los Reyes en organización social, la escritura, la rueda, la consolidación del comercio a grandes distancias, el dominio de la navegación, el control hidráulico con métodos de irrigación, la burocracia, los primeros Estados, los primeros Imperios... entonces, se constata que, lo perdido en extensión, se gana en intensidad y la tarea que hay por delante, no nos engañemos, es ingente.

Pero, tampoco hay que equivocarse. Y todos nos equivocaríamos si perdemos de vista que nuestro cometido responde a los intereses declarados en el título general *Historia Oculta de la Masonería. La construcción del Templo Interior*, no a los propios de un tratado de Historia convencional, ni a los de la fenomenología religiosa, la mitología o la egiptología, como tampoco el primer volumen respondía a los de la arqueología, o la antropología, como tampoco lo harán los volúmenes restantes en cualquier otro saber de cuyos datos me pertreche para exponer el propósito central de la obra. De tener esto presente, nos evitaremos disgustos mutuos, como los detectados vía correo electrónico, en algunos lectores quienes desde la indignación hasta la fina ironía, sin olvidar a los frustrados, alucinados y perplejos, se han quejado de que, en el primer volumen, no han hallado apenas nada de Masonería, percepción acertada y a la vez errada, nacida de lo que los curiosos clientes demandan y este autor ofrece, lamentable desencuentro espero poder enmendar con la siguiente aclaración: La obra completa, no tiene por título *Historia Revelada de la Masonería*, sino *Historia OCULTA de la Masonería*, de modo que, si ustedes entre líneas, párrafos y epígrafes, no encuentran nada que tenga que

ver con la Masonería, no es que no esté, sino que no la ven dada su declarada esencia.

Sea entonces que en bien general de la obra y de sus intereses, en este segundo volumen que iniciamos, haya mantenido a nivel técnico todos los tratamientos expuestos en el primero en cuanto a claridad estructural de los temas, expresión de fechas, datos, autores, bibliografía, etc., empero, en lugar de conducirme por los motivos materiales de la industria lítica, los estilos de la cerámica o su dominio de la metalurgia entre otros, de los distintos pueblos y culturas que vayan surgiendo según avance el discurso, como cabría esperar se hiciera conforme a la dinámica anterior, he escogido una directriz que, aún necesitando de materiales para vehicular su contenido, los trasciende, a saber: la Religión, constructo que demostrados sus fundamentos naturalistas-animistas del Paleolítico, toma carta de naturaleza separada durante esta etapa distinguiéndose dos tramos: el preliterario de adaptación, traducción, conservación y transmisión del variopinto caudal cultural paleolítico a una sociedad agraria-sedentaria; y el literario, de consolidación y desarrollo de sus plenas facultades justificadoras del statu quo social, hasta alcanzar el estadio de Teocracia, colmando todos los nichos posibles abiertos por la especulación Teológica desde el politeísmo hasta el monoteísmo.

Mas, en ausencia de gravedad mental, para evitar que la reflexión sobre estos temas nos haga levitar sin retorno, los motivos materiales estarán presentes allá donde vayamos, procedimiento éste, que no será abandonado ni por un instante, en los volúmenes venideros, aquí observado en los utensilios del mago, los textos del sacerdote, pero sobre todo, en los edificios emblemáticos del periodo, cuales son, Tumbas, Templos y Pa-

lacios¹ cuya pétreo materia importa más que su forma todavía², pues, refleja por si misma, el recorrido ideológico del emergimiento de la civilización: del miedo a la muerte nacieron las Tumbas; junto a las Tumbas se irguieron Templos y de los Templos nacería la Religión y junto a ellos se crearon los primeros Palacios, apareciendo la figura del Sacerdote-Rey.

Alcanzado este punto es preciso exponer mi integral planteamiento de partida, en lo concerniente al origen de la civilización, y las distintas culturas: en mi adolescencia racionalista, buscando conclusiones fidedignas, combatí la contradicción del pensamiento allí donde apareciera. Pero, a cada paradoja despejada, le sobrevinía una nueva aporía en un proceso descorazonador propio de Sísifo, hasta asumir, que acaso, la contradicción, tan ardientemente denostada, proscrita y perseguida por mi cual Saulo, era consustancial al pensamiento mismo. Desde entonces, sin necesidad de caerme del caballo, antes de eliminar una contradicción, miro por integrarla en la argumentación enriqueciendo la perspectiva antes de borrarla del horizonte de sentido. Es desde esta conciliadora postura, ecléctica si se quiere, que contemplo como complementarias, doctrinas aparentemente contradictorias como son en antropología la Difusionista, partidaria de un foco común desde donde se ha irradiado los distintos procesos culturales, verbigracia la sostenida por Atienza localizada en una cultura perdida en el tiempo y en el espacio, llamémos-

¹ La triada de este segundo volumen, responde a guardar la uniformidad respecto a los demás de la serie. Igual de importantes son para este episodio la construcción de muros o la realidad de las ciudades. Tanto es así, que de los palacios poco se trata por no ser relevantes arquitectónicamente todavía, pero sí como símbolos de poder regio.

² La importancia de los estilos arquitectónicos aun asomando con motivo de la Columna en el Vol III, no será relevante para nuestro objetivo hasta entrada la Edad Media en el Vol IV.

le Atlántida o Lemuria apoyada en las semejanzas de sus tradiciones, folclore, etimológicas, toponímicas, lingüísticas, arquitectónicas mitológicas... y la Evolucionista, partidaria de múltiples focos simultáneos acontecidos allí donde se han dado circunstancias parecidas, apoyados en la universalidad de una misma naturaleza humana que habrá ideado las mismas respuestas ante los mismos estímulos, problemas y necesidades, planteamiento de autores tan convincentes cuanto rigurosos son J. Diamon en su excelente ensayo *Armas, gérmenes y acero*, donde explica sin fisuras cómo se extendió la civilización desde Mesopotamia y más concretamente desde el denominado Creciente Fértil, y M. Harris cuya entera obra recomiendo para entender al género humano, prestando especial atención a la exposición de la Hipótesis Hidráulica donde se da razón del nacimiento del Estado en tiempos neolíticos, hasta alcanzar el grado de los grandes Imperios.

Porque, en mi opinión, biológicamente, provenimos de un mismo tronco común cuando se operó el cruce Cro Magnon-Neandertal casualmente muy cerca de donde la historia oficial sitúa la cuna de la civilización. Pero, a esta univocidad biológica, como hemos visto en el Paleolítico Superior, pronto le siguió una diversidad cultural, de modo que, entiendo posible, aconteciera miles de años después la concurrencia de, por un lado, la simultánea irrupción en varias partes del mundo de culturas cercanas a grandes ríos como son las del valle del Nilo en Egipto, las del Éufrates y el Tigris en Mesopotamia, las del Indo y el Ganges en la India o del Amarillo en China, asunto que tiene mucho que ver con el dominio del riego y distribución de agua —como demuestra Wittfogel— donde Mesopotamia tomaría la delantera cultural a las demás, debido a una flora y fauna más favorables a la domesticación, —como demuestra Diamon— que elevó sobremanera la natalidad,

con ello la densidad de población, acelerando el sedentarismo, el proceso de urbanización, la complejidad social... Pero también, ¿por qué no?, de otro lado, la participación activa de un elemento ajeno al proceso principal, proveniente de una cultura aislada que hubiera evolucionado de modo independiente a las demás y que antes de desaparecer le dio tiempo a contactar con el resto, como propone Atienza y otros muchos investigadores. Para mí, son dos engranajes del mismo reloj de la Historia y en consecuencia, voy a hacer uso de los dos enfoques para avanzar en mis especulaciones.

Esta es la causa de que abra este segundo volumen con un epígrafe dedicado a la Atlántida y me haga eco de la hipótesis Difusionista, cuando, habiéndome declarado en el primer volumen firme partidario del Emergentismo materialista, como no podía ser de otra manera, el grueso del texto se conduzca por vías evolucionistas, pues en esto que nos ocupa, como en tantas otras cosas, aunque siempre es deseable una explicación para cada hecho, no tiene por qué ser sólo una la explicación y menos todavía, siempre la misma para todos ellos.

No quisiera, empero, pasar página a la introducción de *Tumbas, templos y palacios*, sin dar las gracias a Ana Apellaniz, por su presente labor revisora del texto y sobre todo, por los ánimos siempre dados para que profundizara en mis intuiciones e investigaciones de las que ha sido partícipe desde sus más tiernos inicios.

ATLÁNTIDA

No es preciso explicar de nuevo los drásticos cambios del ecosistema acontecidos en tan corto periodo de tiempo como fue el Mesolítico, apenas un suspiro de 4.000 años en cálculos generosos entre el -12.000 y el -8.000, entre cuyas consecuencias más notables estuvo un considerable aumento del nivel del mar causado por el deshielo que hizo retroceder las zonas habitables del litoral, especialmente en la cuenca Mediterránea. Pero, sí recordarlo, pues podemos especular que estrechamente vinculado a este fenómeno, estarían buena parte de los mitos confeccionados con imágenes simbólicas de una civilización remota, seres acuáticos semidivinos, el Diluvio Universal, la colina primigenia, etc.

Uno de los mitos que más hondo ha calado en el imaginario colectivo capaz de galvanizar todos los elementos apuntados, lo constituye aquel que apunta a una antigua civilización avanzada, perteneciente a un tiempo anterior de la que no ha quedado vestigio salvo un vago recuerdo en la tradición oral, pudiendo esta revestir distintas formas y haber desaparecido de diversas maneras y evidentemente adoptar distintos nombres según la cultura donde se transmita su memoria, acaso

deberíamos decir legado. Desde mi formación Occidental, paso a exponer el caso de la Atlántida, como posible, si no origen de la civilización actual, sí al menos, su levadura.

La primera mención de la Atlántida se la debemos a Platón en su diálogo *Timeo* con motivo de una remota batalla ateniense explayándose sobre la cuestión en su otro diálogo *Critias*. Su relato viene a contarnos que, más allá de las columnas de Hércules en el océano, había una isla-continente en su día encomendada a Poseidón quien enamorado de una de sus habitantes llamada Clito le hizo construir un suntuoso palacio de belleza sin igual. De su stirpe, salieron cinco pares de gemelos entre los cuales dividió aquellos dominios instaurando como rey a su primogénito Atlas. Favorecidos por una fauna y climatología propicias, el buen gobierno, hizo del lugar una tierra próspera donde la ciencia y la cultura consolidaron la civilización. Mas, cuanto mayor era su fuerza militar, su poderío económico, comercial y marítimo aparecería también la corrupción político-moral de sus gobernantes, de sus gentes y sus costumbres, circunstancia que a la postre les conduciría al colapso, no sin antes, haber entablado una dura batalla por establecerse en tierra firme, entre el -12.000 y el -9.000 momento durante el cual, si no derrotados, fueron frenados a las puertas de la ciudad de Atenas. Tras aquel suceso, la Atlántida sufrió un cataclismo que la ocultó para siempre entre las aguas, no sabiéndose nunca más de ella ni de sus habitantes, salvo por esta historia que Platón puso en boca de Critias, que se la había oído a su abuelo a quién se la había contado su padre Dropides que en su día comentó que hacia el -600 el gran sabio **Solón** había escuchado de labios de un anciano sacerdote quien le revelara el secreto estando de viaje por **Egipto**.

Pues bien, el hecho de que hasta fecha tan tardía como lo fuera en la que escribió Platón, ni la historia ni la literatura tuvieran noticia de tan magnífica realidad, unido al hecho de que el autor es dado a transmitir sus enseñanzas por medio de mitos igualmente célebres como el de la «Caverna» o «La Caída del alma», han contribuido a presentar este relato como enormemente sospechoso de no albergar más que una exquisita pieza literaria fruto fantástico de su ánimo didáctico.

Indudablemente, el texto platónico está labrado con múltiples recursos narrativos rezumando una inequívoca finalidad moralizante; pero ello, no obsta, para que el mismo Platón se hubiera servido de antiquísimas tradiciones orales sobre distintos hechos olvidados para el vulgo, más subsistentes desdibujadas, encriptadas, quien sabe si ocultas, en un lenguaje simbólico entre las élites religiosas que, pese a todo, conservaban, el principio original que el paso de las generaciones habría corrompido inevitablemente hasta convertirlo en una ficticia leyenda, caudal que el filósofo supo reelaborar con la suficiente verosimilitud como para que, casi veinticinco siglos después, sigamos discutiendo sobre si la Atlántida, tuvo o no, un correlato en la realidad que diera pie al mito. En esta misma línea apuntan varios argumentos que encajan a la perfección:

En primer lugar, el discípulo de Sócrates, gracias a Herodoto (-485 -425) estaría al corriente del misterioso imperio de los Tartesos, cuyo esplendor militar y comercial da cuenta el historiador, situándolo justamente más allá de las columnas de Hércules, coincidencia de localización a añadir a que, como la Atlántida, hasta la fecha de hoy, se evaporó del mapa y de la historia, sin dejar más rastro arqueológico que tres o cuatro piezas de museo y el nombre de uno de sus reyes, Argenton.

En segundo lugar, no podemos obviar a Homero, a quien Platón no solo habría leído, sino también estu-

diado, porque actualmente es indudable que su figura, rebasa los límites de la poesía, para adentrarse en el terreno de la historia, como dejó demostrado el descubrimiento de la mítica ciudad de Troya a manos de Schilemann tras su lectura de *La Ilíada*; y también en los de la ciencia a tenor de los datos expuestos en su otra gran obra *La Odisea*, donde se nos narran dos viajes bien distintos: *La Telemaquia*, realizado por Telémaco en busca de su padre por el mediterráneo, travesía descrita con etapas cortas, visitando puertos conocidos, entablando contacto con personajes históricos, sufriendo peripecias del todo mundanas... y *La Odisea* propiamente dicha de Ulises, quien sin la menor duda, cruzó las columnas de Hércules adentrándose en el ancho océano, viaje descrito por grandes jornadas de navegación, visitando parajes insólitos, trabando contacto con todo género de seres mitológicos y cómo no, sufriendo un sin fin de aventuras que rayan la ciencia-ficción de su época y aún de la nuestra. A este respecto, resulta esclarecedor seguir las investigaciones de José Álvarez López donde se desmenuza con maestría los precisos datos geográficos, climatológicos, astrológicos, botánicos, etc., que con soltura manejaba Homero en sus descripciones. Así El ciego de Quios, habla de profundas corrientes oceánicas, el viento del norte es preponderante en todo el relato, cosa imposible en el Mediterráneo, Calipso recomienda a Ulises tener la Osa Polar siempre a la izquierda para retornar a Ítaca; no son pocos los pasajes donde se describen islas volcánicas en erupción que es como deben interpretarse a los cíclopes, monstruos de un solo ojo, o, numerosos paisajes tropicales de clima agradable, vegetación abundante y exóticos frutos. Así mejor se comprende que Circe a su partida, recomiende a Ulises, dejarse llevar por el soplo del viento boreal, de lo que se desprende que su siguiente destino, la tierra de los Cimerios, por fuerza

debía situarse geográficamente más al sur, este otro paraje es presentado con una extraña neblina que atardecía al día, circunstancia que podría quedar esclarecida por el fenómeno del polvo Aliso que en las proximidades del cabo Bajador, en África Ecuatorial, impregna la atmósfera de una ligera capa de partículas producida por las bruscas oscilaciones térmicas que levanta el polvo de la superficie terrestre en aquellas latitudes. En este orden de cosas, hallamos la notable mención de la tribu de los Lotófagos dados a masticar una planta muy dulce que debía ser la caña de azúcar, desconocida para los vecinos contemporáneos del autor. Por último, el personaje arriba a Esqueria, precedente literario de la Atlántida platónica a la luz de los paralelismos entre ambas figuras: ambas son islas, de climatología favorable, vegetación frondosa, ricas en minerales, donde nacen frutos exóticos y los animales no requieren de demasiados cuidados dada la ausencia de depredadores, en ambas reina la abundancia y la armonía y su potente flota marítima garantizan el comercio, la prosperidad, evitando la escasez, también las dos poseen en su origen a Poseidón, en la Atlántida se enamoró de Clito y en Esqueria de Peribea. A las dos islas se accede por una estrecha boca fluvial. En Homero, Esqueria se halla rodeada de esclusas y alcantarillados mientras en la Atlántida de Platón estas son idealizadas por anillos de tierra y agua. En ambos reinos se guardaban las embarcaciones bajo techo en vez de a cielo abierto como era habitual. Los palacios principales de sus reyes estaban rodeados de muros recubiertos de metales, en sus dominios la tecnología era avanzada verbigracia sus naves no precisaban timonel. Etc.

Y en tercer lugar, es probable que a lo largo de su azarosa vida, tuviera noticia de grandes viajes como el realizado por el Almirante fenicio Amón en el siglo -VI, quien según parece navegó por el Atlántico comercian-

do a lo largo de toda la costa Africana o las navegaciones transoceánicas por el Pacífico de los Egipcios en sus relaciones con el País de Punt.

A parte lo referido, se antoja verosímil que varios hechos históricos singulares que conmocionaron la antigüedad confluyeran en las tradiciones recibidas por Platón. Motivo que J.V. Luce aporta, pues si no son a mi parecer el origen del relato, si el marco motor que imprimió el impulso necesario para hacerlo formidablemente convincente a las generaciones que lo transmitieron oralmente. Según este autor, el relato de la Atlántida hemos de localizarlo dentro del Mediterráneo, muy cerca de Grecia, concretamente en Creta entre -1500 y -1470 cuando varias erupciones, terremotos y maremotos hicieron desaparecer una pequeña isla del Egeo llamada Tera. Fue de tal virulencia, que los pueblos situados en las costas del Mediterráneo occidental verían gravemente afectadas sus flotas y por extensión, su comercio e industria, siendo la cultura Cretense su mayor víctima, pues, como el continente perdido, toda ella se esfumó de repente, acontecimiento registrado con estupor en documentos de la época hallados en Egipto, Grecia, Asia Menor y Mesopotamia, por consiguiente, es aceptable conjeturar que, en el relato de la Atlántida confluya la desaparición por catástrofe de la isla de Tera y la desaparición de la floreciente cultura Cretense. J.V. Luce basa su hipótesis en el paralelismo entre Creta y la Atlántida: ambas son grandes islas, con culturas ricas y avanzadas para su época con ecosistemas similares... Creta, como la Atlántida, estaba dividida en diez territorios, gobernados desde Cnosos situado en lo alto de una colina. Ambas culturas sentían predilección por la **columna** como motivo arquitectónico, adoraban a Poseidón y mantenían estrechas relaciones con Egipto, y ambas desaparecieron en un breve lapso de tiempo.

Tomando todo lo anterior en consideración, al mar-

gen de la opinión del propio Platón, se me antoja harto difícil contemplar el mito de la Atlántida como una argucia literaria más que sumar al conocido recurso de situar en otro tiempo y lugar el modelo político-social que el autor desea hacer llegar a sus contemporáneos. En consecuencia, abiertamente disiento del jocoso parecer superficial del sismólogo L. Don Leet quien en su día se mofara del asunto afirmando con necia rotundidad que, «enviar un submarino a buscar la Atlántida es como sufragar una expedición arqueológica para encontrar el País de las Maravillas», pues la literatura está plagada de lugares fantasiosos desde el Jardín de las Hespérides, hasta Jauja y sin embargo, ninguno como la Atlántida, ha levantado tanta polémica en torno a su existencia geográfica. Así, desde fechas bien tempranas, han sido muchos los autores que no han dejado pasar la oportunidad de pronunciarse sobre la cuestión: su propio discípulo Aristóteles (-384 -322) ya negó la existencia de la Atlántida, apreciación suya que extrañamente, no debió tener repercusión, pues el primer comentarista de los Diálogos platónicos Cranton, si dio crédito a su existencia, igual que hiciera Plinio El Viejo. Ya en el siglo I Diodoro de Sicilia habla de la Atlántida como realidad histórica perdida en los inicios del tiempo, le sigue **Plutarco** en *Vida de Solón*. Con la caída del Imperio Romano, la Atlántida vuelve a sumergirse, esta vez en la memoria, para asomar en 1627 de la mano de **F. Bacon** en forma de publicación póstuma de su ensayo *La nueva Atlántida*. Poco después, A. Kirchen en *Mundos subterráneos*, situó su localización en el mapa entre América y Europa. Desde que estos dos genios de la ciencia la rescatasen del olvido, la Atlántida no ha vuelto a desaparecer de la Conciencia colectiva.

Y lo que es peor, no ha parado quieta ni un momento, pues ha sido localizada a lo largo y ancho del globo terráqueo, de polo a polo, en toda altitud, latitud y longi-

tud, y por los seis continentes. Para poder seguir su rastro y las andanzas de los aventureros que en su búsqueda han zarpado como el Capitán Hackab tras Moby Dick, he creído oportuno ordenarlos según dos criterios³: Primero el geográfico y segundo mi personal apreciación de verosimilitud que cada hipótesis merece en relación con el relato principal, porque como se podrá constatar, todos los elementos son interesantes por sí mismos y lo que es inaceptable sea ligarlos a la Atlántida platónica, aunque como ya veremos, hay una línea de interpretación muy interesante capaz de casar todas las piezas del rompecabezas.

Comenzaré entonces, nuestra singular expedición en la otra parte del mundo donde se encuentra el correspondiente cultural de la Atlántida en el Océano Pacífico conocida como Lemuria también llamada Mu. Hacia mediados del siglo XIX, el Abate Brasseur, estudiando el alfabeto maya, creyó encontrar en sus signos una inequívoca evocación del mítico territorio de Mu. Esta extraordinaria conjetura que entrelazaba las culturas precolombinas con las del Pacífico Sur no pasó inadvertida a los antropólogos quienes con prontitud ampliaron, con más palabras que datos, la idea o por arqueólogos como Le Plongeon (1826-1906) que fue mucho más lejos atreviéndose a relacionar Lemuria con la construcción de la Esfinge en el Egipto prefaraónico logrando así completar la simetría por el extremo oriental de la tradición occidental que liga la aparición de la cultura egipcia con la desaparición de la Atlántida. Tampoco vaciló J. Churchward sumando a dicha línea de investigación, antiguas tradiciones y textos chinos que recogían la desaparición de una isla continente de simila-

³ La obra de divulgación más rigurosa y mejor trabada a la que he tenido acceso sobre las distintas hipótesis de la cuestión se titula *En busca de la Atlántida* de Richard Ellis.

res características a la Atlántida, planteando la hipótesis de que sus gentes, apercibidos con tiempo de su inmediata desgracia, tuvieron tiempo de echarse a la mar en embarcaciones, las cuales, a causa del subsiguiente maremoto, se dispersaron por las distintas costas africanas, asiáticas, americanas, de Oceanía y el vasto conjunto de islas que salpican sus mares, así se explicaría la similitud lingüística, cultural y genética de pueblos dispersos, pero no dispares. En una carrera por ver quién es más original, no faltan investigadores que relacionan a los supervivientes de Lemuria con los habitantes del Tíbet, no faltando incluso quienes se atreven a afirmar que Lemuria a diferencia de la Atlántida, en vez de hundirse emergió de las aguas encumbrada a la cima del Himalaya. Quizá la obra más entretenida para adentrarse en los variopintos remotos engarces culturales en los que poder asentar las visiones omnicomprendivas de estas latitudes sea el texto de D. H. Childress *Las ciudades perdidas de Lemuria*.

Nos trasladamos al Polo Norte pues es allí donde D. Duville sitúa la realidad geográfica a la que hacía mención Platón, la mítica Tule donde residían los Hiperbóreos, península a la que pertenecería la actual Islandia que permitiría el tránsito septentrional entre Europa, América y Asia. A este respecto conviene destacar que Hesíodo, localizó el Paraíso terrenal al noroeste del Océano Atlántico y Plutarco citó Islandia a cinco días de navegación de las islas británicas apuntando que en el pasado fue una tierra fértil y próspera. Un cataclismo relacionado con un vuelco del eje terráqueo debió acabar con el aislado Paraíso hiperbóreo, provocando la huída de sus habitantes en todas direcciones hacia latitudes inferiores, dando razón así de las extrañas coincidencias figuro-mitológicas en las culturas de todo el hemisferio norte.

Y ahora, encaminemos nuestros pasos al Polo opues-

to, la Antártida, porque son varios los Atlantistas que no dudan en identificar el hoy continente blanco con la Atlántida antes de que el último cambio climático cubriera su superficie con un manto de hielo. También en este caso, sus habitantes se dispersaron por los océanos Atlántico y Pacífico. La hipótesis de trabajo viene reforzada por las investigaciones de Happgood y el enigmático mapa de Piri-Reis.

Y bueno, ya va siendo hora de adentrarnos en el Atlántico, aunque de cuando en cuando haremos alguna que otra incursión continental. Empezamos por el mar del Norte, lugar en el que J. Espanut sitúa el referente físico de las historias que el sacerdote egipcio relataría a Solón, a la que también aludiría un fresco de Medinar Habu reminiscencias de la repentina inmersión de la isla Helgoland acontecida hacia -1200 frente a las costas de Alemania.

Nos trasladamos a las acogedoras playas de Bimini (Bahamas) donde influenciados por Edgar Cayce (1877-1943) quien predijera la inminente aparición de los restos de la Atlántida, los expedicionarios R. Ferro y M. Grumley descubrieron en su litoral en 1968 formas raras geométricas que no dudaron en identificar como antigua calzada atlante.

Toda América central es foco de atención para los atlantistas que aprecian en sus distintos pueblos y culturas vestigios de la diáspora atlante y enormes paralelos con otras realidades lejanas como la egipcia o mesopotámica. No es oportuno, empero, adelantar aquí los detalles mitológicos de las tradiciones, folclore y mitología de sus pueblos, por no merecerse ser expuesta a la sombra de ningún otro relato. Con todo, cabe apreciar que por su situación geográfica, ecosistema y lejanía, tras un esporádico casual contacto, no pudiéndose reeditar, contribuyera a convertir su referente en mito.

En América del Sur, obviando el Amazonas donde también se ha creído hallar la exuberante Atlántida, llegamos al borde del lago Titicaca a casi 4000 metros de altura para alcanzar Tiahuanaco todo un puerto marítimo, realidad explicada por Hoerbiger. En su opinión el lugar era un puerto de mar, pero en un momento dado una segunda luna que poseía el planeta se precipitó contra la tierra haciendo descender los mares unos 3000 metros repentinamente, posible razón del origen de la salinidad de sus aguas.

Cruzamos de nuevo el charco y nos vamos a África donde Herodoto ya mencionaba al pueblo Atarante localizado en el monte Atlas, claro que no fue hasta la entrada en escena del arqueólogo F. Berlioux que relacionase esta afinidad fonética con una realidad empírica. Más al sur, en el reino de Benín y en la región nigeriana de los Yoruba, el explorador L. Frobniux estableció el origen de la Atlántida. Pero entre todas las hipótesis arqueológicas ancladas en África, incluidas las que apuntan a Cartago, la más verosímil, con mucho, es la del Sahara como probable enclave de la Atlántida, solo que, en vez de estar sumergida entre las aguas, lo estaría bajo un mar de dunas de arena. Para cuando el Conde Byron Kilm de Protok descubrió en las arenas de Hoggan la tumba correspondiente a la reina **Tim-Hiram** la idea de que en un pasado remoto el desierto del Sahara fue un vergel con abundante fauna y flora, hacía tiempo que tomaba fuerza, la misma con la que el pueblo Tuareg consideró al personaje, la última regente de la estirpe de los Atlantes cuyo formidable tesoro en oro y joyas solo sería pequeño testimonio de lo ocultado bajo la arena. Pero fue el investigador H. Lothe quien descubrió las grutas de Tassilli cuya antigüedad se remonta al mesolítico entre -12000 y -11000. En cualquier caso, el cambio climático que desertizó el Sahara empujó a sus gentes hacia el este, marcha solo inte-

rrumpida al encontrarse con el refugio del Nilo donde se debieron asentar definitivamente entremezclándose con lugareños oriundos.

Zambulléndonos de nuevo en el Atlántico; nos fijamos en los archipiélagos de las Azores y Canarias, para muchos Atlantistas, testimonios visibles del continente sumergido, dada la semejanza de climatología, ecosistema y geología. Esta es la hipótesis más plausible para Julio Verne quien la reflejaría en su novela *20.000 Leguas de viaje submarino*, hipótesis que cuenta con la gran ventaja de aparecer conforme a dimensiones y localización del relato platónico.

Por último, llegamos a la hipótesis que más me convence, cual es, la de Tartesos. Aunque ni los autores clásicos, ni contemporáneos se ponen de acuerdo en su exacto emplazamiento, de lo que no hay duda, es que cerca de las Columnas de Hércules existió un Imperio llamado Tartesos cuya área de influencia era considerable. Su origen podríamos situarlo en la interacción de las colonias fenicias con la población autóctona durante la edad del bronce, todos los indicios apuntan a que en torno al -3000 se inició una cultura metalúrgica única en el mundo cuyo refinamiento despertó demanda en todo el Mediterráneo y algunos puntos de la costa Atlántica a donde los productos de Tartesos llegaron por distintas rutas comerciales, terrestres, fluviales y marítimas, pues entre otros objetos se han contado sus característicos vasos campaniformes por toda Europa. Por su riqueza, industria, comercio, y capacidad marítima, Tartesos debió albergar una cultura sofisticada que como afirma su máximo defensor, Adolf Schulten, resulta incomprensible, las generaciones posteriores a su existencia la hayan olvidado de tal manera que hoy nos cueste dar crédito a su realidad histórica. Según todos los indicios, su desaparición tuvo mucho que ver con su destrucción a manos de los Cartagineses hacia el

-550, tras lo cual, estos incorporaron sus dominios, sus riquezas y sus rutas comerciales del Atlántico en detrimento de los Griegos, concretamente, los Focenses, hecho lo cual, cerró la entrada y salida de Las Columnas de Hércules a toda embarcación comercial o militar del Mediterráneo, quedando así libres para explorar y comerciar en el Atlántico sin competencia. Para salvaguardar mejor que con la fuerza de las armas los secretos y riquezas hallados en el Atlántico, hicieron circular todo género de fabulaciones sobre un enorme abismo que se tragaba las naves y monstruos marinos que acecharían al navegante que osara rebasar aquella frontera. Así, mientras en los siglos posteriores las culturas Mediterráneas recorrían de un extremo a otro el suelo firme o vía fluvial desde Escandinavia a la Península Arábiga, desde Finisterre hasta la India e incluso a China, fueron contadas las ocasiones en que se aventuraron a salir al Atlántico por el estrecho, o eso se nos ha contado.

Para terminar con la Atlántida platónica, únicamente me resta confiarles mi opinión personal sobre la cuestión: cuando Platón se refirió a la Atlántida tenía en mente a Tartesos a la que describió como Creta y elementos de la Esquiria Homérica. Se sirvió de Herodoto para darle el nombre de Atlántida y se inspiró en el cataclismo de Tera con ánimo de explicar su repentina desaparición.

Esta era mi conclusión sobre el asunto, hasta felizmente toparme con el enfoque presentado por J. G. Atienza en su obra *Los supervivientes de la Atlántida*, a cuya verdadera luz, he podido reinterpretar mejor cuantos conocimientos poseo de historia y prehistoria, en una descomunal labor de mitología comparada con cuyo estudio y argumentación se iluminan infinidad de pasajes oscuros de la evolución cultural humana, engarzando con paciencia y no menos coherencia, las mutuas influencias entre pueblos aparentemente distintos

y distantes, alarde de paciencia, erudición, meticulosidad, rigor interdisciplinar de una mente muy cabal, abierta y atenta a cuantas interpretaciones, teorías e hipótesis pudieran abrigar un resquicio de verdad, aunque para ello fuera menester requerir la fuerza de titanes para remover montañas de tergiversaciones, a fin de dar con esa brizna de realidad que estaba ahí olvidada y por redescubrir.

Su tesis principal establece que, en un tiempo antediluviano, verbigracia -12.000, hubo una o varias culturas avanzadas para su contexto histórico. Dicha cultura permanecía aislada del resto hasta sufrir un cataclismo que la obligó a emigrar, sus gentes eran duchos en navegación pudiéndose llevar consigo lo que juzgaron más fundamental, pero sobre todo sus conocimientos, lenguaje y tradiciones. Lo repentino de la situación les hizo huir en varias direcciones llegando así a las costas de América, África y Europa, donde arribaron con sus embarcaciones. Conforme fueran los contactos con sus lugareños, adoptaron distintas posturas: al principio de su asentamiento continental, vivieron ocultos y separados de las poblaciones autóctonas, remisos a relacionarse con tribus que les debieron parecer atrasadas, cuanto para aquellas ellos eran dioses o demonios: En un momento dado, el inevitable contacto les obligaría a ejercer de gobernantes para el dominio de aquellos hombres primitivos con los que empezaban a convivir. En ocasiones, la convivencia era pacífica y mientras unos con su trabajo les procuraban bienes, los otros transmitían enseñanza y conocimiento, impacto cultural de mayor grado que el acontecido entre europeos y americanos en 1492. Esta hipótesis según Atienza explicaría infinidad de asuntos:

Primero, el hecho curioso de que la humanidad precisase cientos de miles de años para su evolución, y que de buenas a primeras entorno al -8000 con el neolítico,

hubiera una aceleración tecnológico-cultural, con la formación repentina de imperios en todos lados del planeta, casi instantáneamente, en un periodo de 2000 años, pasando de vivir en cuevas, a levantar enormes ciudades.

Segundo, la enorme semejanza de mitos, folclores y lenguas que hace suponer debió haber un origen común aunque este no tiene por qué ser genético sino cultural transmitido por un pequeño grupúsculo en su origen descendiente de Atlantes que ejercieron de misioneros divulgando su sabiduría por todo el orbe, conocimiento que con posterioridad sería transmitido por las élites sacerdotales-políticas finalmente por vía iniciática. A este respecto puede remitir el *Mito del Diluvio Universal* recogido en infinidad de tradiciones, donde se relata que, un pequeño grupo se salva de una inundación y va a parar a tierra seca desde donde da inicio la civilización.

Tercero, siguiendo las costas Atlántico-Mediterráneas, aparecen construcciones megalíticas como Stonehenge, cuyas pautas corresponden a una misma cultura desde Escandinavia hasta Malta. Ello podría obedecer a la transmisión parcial-defectuosa de los conocimientos atlantes en esta parte del mundo, seguramente debida a una convivencia no pacífica entre los pueblos autóctonos y los recién llegados a sus costas.

Cuarto, las aptitudes descritas de los atlantes de ocultación y cierta relación con poblaciones autóctonas daría cuenta del por qué, en unas zonas geográficas surgieron poderosas culturas mientras a pocos kilómetros de ellas quedaban regiones yermas de cualquier vestigio civilizador, resolviéndose así la enorme distancia cultural entre el Occidente septentrional atlántico y el Oriental meridional mediterráneo. En el primero, la población indígena, salvo excepciones, debieron hacerse con los conocimientos atlantes, no sin batallar, de

manera sesgada e intermitente bajo formas mágicas de adoración al dios Lug y la luna, mientras en la segunda, los atlantes convinieron en presentarse como gobernantes transmitiendo su conocimiento de forma regular, vía sacerdotal canalizándolo a través de la cultura solar.

Quinto, explicaría el simbolismo compartido de cruces, espirales y esvásticas, pirámides y número siete y sobre todo, el culto dado a la serpiente con sus significados positivos y negativos, signo con el que aquellas gentes se identificaban o se les identificó en su doble acepción de mal y sabiduría, según qué pueblo tuvo que defenderse de ellos o recibiera sus enseñanzas dócilmente. Por supuesto, Atienza y yo mismo, auxiliados por la sabiduría y esfuerzo de la comunidad científica que nos ha precedido, estamos en disposición de dar otras explicaciones para cada punto reseñado:

Primero, ya vimos en el Volumen I cómo la famosa Revolución Neolítica está sometida a profunda reconsideración de su categoría, por observarse en todos sus procesos etapas suaves de transición. Con todo es innegable una aceleración en todos los órdenes realidad que se puede explicar por las sinergias generadas por los distintos procesos entre sí. De hecho, si algo enseña la Historia, es que pueden darse momentos de evolución y de involución, aceleración y ralentización en los procesos que afectan a los pueblos por separado y en su conjunto a la humanidad⁴.

Segundo, aceptada una misma naturaleza humana universalmente compartida, en las mismas circunstancias, ante idénticos problemas, buscando satisfacer iguales necesidades, es plausible que tarde o temprano distintos pueblos por lejanos que estén arriben a similares respuestas y soluciones. Ello podría dar razón a las

⁴ Ejemplos los hay para dar y tomar, compárese la sociedad de mediados del XIX con la de mediados del XX y nos curamos de espanto.

grandes coincidencias en folclore, mitología, forma de construir, expresión artística, etc.

Tercer y cuarto, el atraso de las gentes y culturas del continente europeo respecto a las del Mediterráneo Oriental, se explica por el retraso en la llegada de la agricultura, amén de factores climatológicos y geográficos que o bien hacían imposible la aparición de grandes Estados o bien los hacían innecesarios.

Y respecto al quinto punto, el ingente caudal simbólico compartido por las distintas culturas de pueblos muy distantes, ya quedó suficientemente razonada en el Volumen anterior, donde expuse que el conjunto de símbolos se fraguó mucho antes de que las razas y los pueblos se diferenciaran como lo hicieron durante el Neolítico.

En buena lógica, dejo al lector calibrar si la oportunidad que damos a esta corriente de pensamiento es poco más que un ¡por si acaso! O por el contrario, en su historia hay más, ¡mucho más! de lo que se nos ha revelado.